

El hombre en el espejo

Everett Gonzales

Veo mi reflejo en el espejo, y aunque solamente me estoy viendo a mí mismo, desenvuelve una crónica de vida iniciada hace casi cien años. El aspecto en frente de mí, susurra los sacrificios de una familia, especialmente un hombre, todo hecho de un amor profundo. No es casualidad que me encuentre aquí. Mi abuelo, padre de mi mamá, Armando Aristóteles Canales nació en 1920 con la vitalidad y fortaleza de dos hombres. Usaba su fuerza para criar a una familia y el éxito en su vida. Me dicen que dentro de mi cara, con mi manera de ser, se puede ver que el espíritu de Armando aún vive.

Mi abuelo nació en un pueblo en el sur de Tejas, Hebronville, se crió en un rancho cuidando a sus hermanos menores. Para los Canales, no había nada más importante que la familia. 'Grampa' decía: "después de la familia, la virtud de la educación es suprema". Yo siempre me he esforzado para tener éxito en la vida. Con las palabras del abuelo resonando en mi mente: "La educación es la única cosa que a alguien no se le puede quitar". La sangre Canales me fortalece.

Armando nació en el barrio, hablando puro español, y conociendo desde chico el significado verdadero del trabajo riguroso. Las expectativas familiares eran que los hijos salieran de casa para casarse en Hebronville, donde nacieron. Así formaron sus vidas en ese pueblito, todos, menos el 'rebelde', como le llamaban a mi abuelo. Al titularse del colegio, se hizo bilingüe y se matriculó en el ejército a los 20 años, siguiendo 'el camino menos viajado'.

El rebelde viajó por todo México, el Caribe, y Sur América. Se sentía orgulloso de haber estado en el ejército, de haber nacido en su patria, y de ¡ser tejano! Él estaba descubriendo un mundo que jamás pensó que existía. Trabajó como director en el sector de comunicación; también como el supervisor de la traducción e interpretación. Tanta era su pasión por el lenguaje, que aprendió a hablar portugués durante su estadía en el Brasil. Al volver a Texas, decidió seguir una carrera militar. Poco después, conoció a la bella Lupita Peña, mi abuela.

Tiempo después se casaron mis abuelos. Pasaron muchos años bien, pero después de un período, el matrimonio se complicó. A "Armand", como mi abuela le llamaba a mi abuelo, se le despreció su encanto y perdió su paciencia con todo. Mi abuela Lupita, la mujer más simpática del mundo, lo aguantó por un tiempo, creyendo que el estrés era la causa del mal humor de su esposo. Habían nacido mi mamá y mi tía. Mis abuelos habían adquirido propiedades y apartamentos de renta. Así que, todo iba bien menos el genio de mi abuelo, que ponía muy tenso el ambiente de la casa. La tercer hija nació, y las cosas empezaron a mejorar.

La manera de ser de Armando A. Canales era compleja. Los calores y las virtudes con los cuales había nacido, le concedían el éxito profesional fácilmente, pero no lograba llevarse cariñosamente con su esposa y sus hijas. Les dieron todo a sus hijas: educación privada, la oportunidad de viajar, y todo lo material que se pudiera ofrecer. Sin embargo, le faltaba la paciencia y el cariño que un padre siempre debe tener.

Aún así, me siento tan orgulloso cada vez que levanto los ojos al espejo y veo la sonrisa brillante de mi abuelo que se ve en la mía. Él, atravesó el mundo, y también tuvo una vida llena de logros notables. Todos le decían que los del barrio no podrían alcanzar las estrellas. El valor que le dio a la educación sigue siendo una de las cosas más importantes de mi vida, y siempre considero a mi abuelo, un hombre de carácter fuerte que se convirtió en una de las personas más influyentes de mi vida.